

Fernando J. Múñez



La cocinera de Castamar

 Planeta

CAPÍTULO 1

10 de octubre de 1720, por la mañana

«No existen los dolores eternos —se decía siempre para insuflarse la esperanza de que todo era pasajero—. Ni las alegrías perpetuas», añadía después. Quizá, de tanto repetirse esa frase, había ido perdiendo su sentido y solo manifestaba la desazón que la vida le había provocado en los últimos años. Se veía como una muñeca de trapo con las hebras deshilvanadas, abocada a remendar su espíritu cada día. Pese a esto, se había recompuesto gracias al coraje que le nacía de la necesidad y a su carácter contestatario, con el fin de endurecerse y salir adelante. «Nadie podrá decir que fui cobarde», se repetía ahora Clara.

Escondida bajo la manta de paja que la cubría por completo, centró su atención en las gotas de lluvia que resbalaban por el fardo. Así evitaba mirar la luz opalina, que se filtraba por el bálago como una celosía. Cuando lo hacía, vislumbraba de pronto una inmensidad alrededor de la carreta en la que viajaba hacia el señorío de Castamar. Tenía entonces que controlar la respiración, pues la simple idea de no estar entre las paredes de una casa aceleraba su ritmo hasta el punto de colapsarla. En alguna ocasión había perdido el conocimiento por aquellos ataques de pánico. Cómo odiaba aquella fragilidad. Se percibía vulnerable, como si todos los males del mundo fueran a caer en aquel instante sobre ella, y le sobrevenía una lasitud repentina. Recordó que, precisamente por este miedo, se había sentido dividida al enterarse por medio de la

señora Moncada de que en Castamar había una vacante. La gruesa jefe de asistentes y enfermería se había acercado hasta ella y la había informado de que don Melquíades Elquiza, un buen amigo suyo y mayordomo de Castamar, buscaba una oficial de cocina para la finca.

«Puede que esta sea una oportunidad para ti, Clara», le había dicho.

Se había visto impelida hacia aquella oportunidad, pero, a la vez, el terror la atenazaba, pues tendría que salir del hospital donde trabajaba y residía como interna. Tan solo imaginarse por las calles de Madrid, cruzando la plaza Mayor como hacía antes con su padre, se sofocaba hasta empezar a sudar y quedarse sin fuerza. Aun así, con los ojos tapados por un pañuelo, intentó llegar por sí misma hasta las inmediaciones del Alcázar. Su debilidad le hizo regresar en estado de pánico apenas puso un pie fuera del hospital. La señora Moncada tuvo la gentileza de presentarse en su lugar ante el señor Elquiza para hablar de sus excelencias culinarias. Al parecer, su amistad venía de lejos, ambos habían coincidido siendo jóvenes en algunas colaciones campestres, cuando ella servía en la casa de conde-duque de Benavente y él ya en la del duque de Castamar. Gracias a ella, el señor Elquiza supo que su amor por la cocina le venía de familia, pues su madre, que sentía la misma pasión que Clara, era la cocinera principal del cardenal Giulio Alberoni, antiguo ministro del rey Felipe V. Lamentablemente, el prelado había caído en desgracia y había regresado a la república de Génova, llevándose a su madre consigo.

Clara, que había llegado a ser su primera ayuda, se vio obligada a dejar el servicio del cardenal, pues solo se permitió viajar con él a la cocinera jefe. En aquel momento creyó que pronto encontraría una casa señorial en la que servir, pero en cuanto los jefes de cocina comprobaban que las referencias venían de su propia madre, no le concedían crédito y menos aún se fiaban de una muchacha demasiado culta. Así que ha-

bía rebajado sus aspiraciones con tal de entrar en una cocina y, mientras tanto, se había ganado un sustento cuidando a los pobres infelices del Hospital General de la Villa, conocido también como el de la Anunciación de Nuestra Señora.

Le apenaba profundamente que su padre, el reputado doctor Armando Belmonte, se hubiera esmerado tanto en darles una educación a su hermana y a ella para verse ahora así. Pero no le podía culpar por esto. Su padre solo se comportó como el hombre ilustrado que había sido hasta el trágico día de su muerte, el 14 de diciembre de 1710. «Tanta educación para nada», se lamentó. Desde bien pequeñas, su institutriz Francisca Barroso había mantenido una férrea disciplina sobre su enseñanza. Por eso su hermana y ella eran conocedoras de áreas muy diversas como costura y bordado, etiqueta, geografía e historia, latín, griego, matemáticas, retórica, gramática y lenguas modernas, como el inglés y el francés. Aparte recibieron clases de piano, canto y baile, que bien caras les habían salido a sus pobres padres, y eso sin contar su necesidad personal de leer compulsivamente. Sin embargo, tras la muerte de su padre su educación no les sirvió de nada y se vieron abocadas al descenso en la escala social. Por el contrario, la pasión por la cocina que madre e hija compartían, esa de la que su pobre padre se quejaba siempre, se convirtió en el pilar de la supervivencia familiar.

«Querida Cristina mía, tenemos una cocinera para algo —la reprendía él—. No sé qué dirían nuestras amistades si se enterasen de que tu hija mayor y tú andáis todo el día entre los vapores de los hornillos cuando tenéis sobrada servidumbre».

Durante los buenos años, Clara había podido leer todo tipo de recetarios de cocina, incluso traducciones de algunos volúmenes árabes y sefardíes, muchos de ellos censurados en España. Había devorado con ansia el *Libro de guisados, manjares y potajes* del cocinero Ruperto de Nola, o *Los cuatro libros del arte de confitería* de Miguel de Baeza, así como todas las recetas

que cayeron en sus manos o las de su madre. Desde pequeña, había acompañado a la señora Cano, su cocinera, al mercado de abastos, donde aprendió a seleccionar las mejores coles y lechugas, los garbanzos y lentejas, tomates, frutas y arroces. Cómo le gustaba separar, en aquellos ratos de infancia, las lentejas y garbanzos marchitos de los que no lo estaban mientras permanecían en remojo, qué inmenso placer cuando le daban a probar el caldo de una olla podrida, o el chocolate amargo que su padre había conseguido gracias a sus influencias en la corte. Sintió de nuevo la añoranza de verse junto a su madre elaborando bizcochos imperiales, tortas, mermeladas y confituras. Recordó cómo ambas convencieron a su padre para construir un horno de leña y barro con el fin de hacer todo tipo de platos. Él se había negado, pero al final cedió bajo la apariencia de cubrir las necesidades de la servidumbre.

Tras conocer sus credenciales por medio de la señora Moncada, el señor Melquíades la aceptó para el puesto. Castamar representaba para Clara el primer peldaño en sus aspiraciones, el regreso a una cocina de verdad. Trabajar en la casa del duque de Castamar —que había servido al rey, al quinto de los Felipes, como uno de los más destacados ilustres en la guerra civil— representaba una vida asegurada en el servicio. Le habían informado de que aquella era una casa atípica pues, poseyendo el mayor número de grandezas de España, tenía tan solo un tercio de los criados que se habría de esperar en una casa ducal. Al parecer, el señor de la casa, don Diego, se había encerrado en vida tras el fallecimiento de su mujer, y solo en los últimos años se le vislumbraba apenas en algunas de las colaciones de la corte.

Antes de partir hacia Castamar, Clara había escrito a su hermana y a su madre. Gracias a que ahora el rey Felipe permitía que cualquier súbdito —más allá de la Corona, la aristocracia y los negociantes— utilizase el correo postal, pudo informarlas de su cambio de domicilio y de que les volvería a

escribir para darles una dirección estable. Invirtió sus pocos ahorros en franquear cada pliego. Aunque esto no era usual, pues los correos los pagaba el destinatario, prefería hacer ese esfuerzo y evitarles esa carga a ellas.

Tras el envío de sus misivas, Clara tuvo que esperar un día para que el señor Pedro Ochando, mayoral de carros y comprador de las caballerizas de Castamar, terminara su labor de transportista por la tarde y subiera las balas de paja al alba. Era día de lluvias, la suerte la acompañó en eso. El hombre tuvo la gentileza de recogerla en las cocheras del hospital, y así ella no tuvo necesidad de disimular su terror a los espacios abiertos.

«Prefiero ir detrás, si no le importa —se había excusado con picardía—. Así me cubro de la lluvia bajo las balas de heno. No llevo demasiado abrigo».

Llevaban más de tres horas bajo una lluvia torrencial por el camino de Móstoles hasta el de Boadilla. De vez en cuando sentía algún bache y pensaba aterrada que su cobertura de paja pronto se desplazaría, dejándola al descubierto. Sin embargo, esto no ocurrió. Apenas un rato después, con los músculos ya lastimados por el traqueteo, la galera de carga se detuvo y el señor Ochando, hombre de pocas palabras, le dijo que habían llegado.

Se despidió de él dándole las gracias y descendió del carruaje con los ojos cerrados. La lluvia fría se le coló por el cuello bordado de su vestido, provocándole un pequeño escalofrío. Esperó a que los quejidos de las ruedas se alejaran lo suficiente y, con el corazón en un puño, Clara se ató el pañuelo en torno a los ojos. Auxiliada por el estrecho intersticio que apenas le dejaba ver el suelo a sus pies y por un cayado que hacía las veces de bastón para ciegos, caminó rumbo a un pequeño patio amurallado que se extendía detrás del palacete. Mantuvo la mirada en sus propios zapatos, rezando para que el pañuelo siguiera cubriéndole el resto del entorno de Castamar. Con el pulso acelerado, apresuró el paso tomando aire

demasiado rápido y sintió que sus extremidades comenzaban a hormiguear. Al pasar bajo la pequeña arcada del murete que daba la bienvenida al patio, apenas se percató de que se cruzaba con unas muchachas del servicio que, entre risas, recogían algunas prendas olvidadas en los tendederos.

De pronto se vio perdida en aquella amplitud, y la mínima abertura del pañuelo le fue insuficiente para orientarse. Levantó la mirada y, al fondo, bajo un zaguán de madera, atisbó un portón. No le importó que los postigos pareciesen cerrados. Con el cuerpo vibrando y sus fuerzas cada vez más exiguas, corrió hacia allí suplicando al Señor no caer de bruces o desfallecida. Una vez bajo el tejadillo, se quitó la venda de los ojos, posó la frente sobre el umbral, sin pensar que tras ella se extendía el insondable espacio abierto, y llamó desesperada.

—¿Qué haces, muchacha?

La voz había surgido a su espalda, con un timbre seco de autoridad que hizo que su corazón se detuviera en el acto. Se giró tratando de mantener la compostura. Al alzar la vista se encontró con las pupilas severas de una mujer de cincuenta y pocos años. Clara mantuvo los ojos en alto apenas un segundo, pero fue suficiente para saber que destilaba una dureza inclemente.

—Soy Clara Belmonte, la nueva oficial de cocina —dijo sofocada, extendiendo las credenciales firmadas por la señora Moncada y su propia madre.

La mujer la miró, dedicándole un instante, y tomó con cierta parsimonia el papel. A Clara el momento se le hizo eterno, a punto de desfallecer del vértigo, y se sintió impelida a buscar el apoyo de la pared disimuladamente. La otra alzó la vista al sentir su vahído y, enarcando las cejas, la escrutó como si pudiera bucear en el fondo de su alma.

—¿Por qué estás pálida? ¿No estarás enferma? —preguntó antes de seguir leyendo.

Ella negó con la cabeza. Sus piernas cimbrecaban y supo

que no podría soportar más aquella ilusión de normalidad. Sin embargo, sabía que si exponía abiertamente su imposibilidad de salir a los espacios abiertos perdería aquel trabajo, así que apretó los dientes e intentó respirar hondo.

—El señor Melquíades me dijo que me enviaría una moza de oficio con cierta experiencia. ¿No eres muy joven para todo lo que pone aquí?

Con una reverencia, haciendo uso de su mejor etiqueta, le contestó que había aprendido de su madre en la casa de su ilustrísima Alberoni. La mujer le devolvió con indiferencia sus credenciales. Después, con un movimiento eficaz, extendió la mano, extrajo el juego de llaves y abrió la puerta.

—Sígueme —le ordenó, y Clara penetró en el pasillo aliada.

A medida que avanzaba, siguiendo los pasos enérgicos de la mujer, comenzó a recomponerse. La galería de paredes blancas y desnudas le resultó muy extensa y aprovechó para apoyarse disimuladamente ahora que iba detrás. Con un tono despótico, la mujer la informó de que la puerta que acababan de cruzar debía estar cerrada siempre y que su entrada estaba al otro lado del patio, que al parecer daba directamente a la cocina. Esa orden fue un alivio para ella, no tenía intención de exponerse fuera de la residencia.

Se cruzaron con tres sirvientes que hablaban a voces; varias doncellas que, con tan solo ver a la mujer, se ajustaron sus libreas y emprendieron el camino de arriba; dos entretenidos de ojos cansados, llamados así por ser aspirantes a mozos de oficio; el comprador de cocina, un tal Jacinto Suárez, que en Castamar era el responsable de supervisar las compras de abastos. Junto a él caminaba Luis Fernández, el guardaman-gier, encargado de controlar la despensa donde se guardaban las viandas generales, la potajería con las legumbres y hortalizas, y la bujería, el almacén que centralizaba la cera de quemar, el carbón y la leña. La mujer saludó a ambos por su nombre, altiva y seca. Tras serpentear por los corredores del

edificio, surgieron dos faroleros, encargados del alumbrado de la casa y el jardín, que inclinaron la cabeza ante la mujer de tal modo que la barbilla les tocó el pecho. También se toparon con una muchacha abultada, Galatea Borca, que tenía hoyuelos en las mejillas y que cargaba con un juego de varias salseras en la mano para su distribución. Delante de ella su jefe, Matilde Marrón, responsable de la sausería y frutería de Castamar, le indicaba con aspavientos nerviosos que limpiara bien las vinagreras. Todos y cada uno de ellos se fueron cuadrando marcialmente ante la dueña, interrumpiendo lo que estuvieran haciendo en ese momento.

—Estás en periodo de prueba hasta que yo lo estime oportuno, y si tu trabajo o dedicación no son de mi agrado, estarás de inmediato de vuelta a Madrid. Cobrarás seis reales de vellón diarios, tendrás derecho a tres comidas al día, un día a la semana de descanso, que habitualmente será el domingo. En todo caso, podrás acudir a misa todos ellos. Dormirás en la cocina, en un pequeño camarín que cierra con una puerta corredera —aclaró, con rigurosa exactitud, mientras pasaba por delante de dos lavanderas sin prestarles ninguna atención.

Clara asintió. De estar en la corte del rey y ser un varón, su sueldo rondaría los once reales de vellón al día, pero Castamar, pese a ser una de las casas más importantes de España, no era el Alcázar Real, ni ella un hombre. Aun así, su sueldo estaba por encima de la media, así que se sintió afortunada; había muchachas que fregaban escaleras por menos de dos reales diarios. En su caso, al menos podría ahorrar por si en el futuro se veía en peores circunstancias.

—No tolero la vagancia ni relaciones secretas entre el servicio, ni por supuesto la visita clandestina de hombres —continuó la dueña.

Avanzaron por el corredor, en cuya techumbre sobresalía un bello artesonado de madera, hasta llegar a unas puertas dobles de cerezo anaranjado. Sobre ellas, un cartel presentaba la estancia con el nombre de «fogones», indicando que

uno estaba a punto de entrar en la cocina. De pronto, otra doncella de cámara apareció con una bandeja de plata. Llevaba un desayuno compuesto de consumado de ave, leche y chocolate en jarras separadas, pan tostado con manteca y espolvoreado con azúcar y canela, huevos pasados por agua, panecillos tiernos y algo de panceta. Clara percibió que el consumado estaba especiado en exceso, las tortas demasiado engrasadas, los huevos inmoderadamente cuajados, y a los panecillos les faltaban unos minutos de cocción. Además echó de menos, junto a la doncella, un ujier de viandas, propio de las dependencias de panetería, encargado de acompañar el cubierto, la copa, el pan y la comida desde la cocina hasta el señor. Tan solo el torrezno parecía bien preparado, fileteado correctamente y frito en su propia grasa. Sin embargo, lo que más le llamó la atención fue la presentación. Pese al distinguido juego de tazas estampadas y a la elegante cubtería de plata, en la que se apreciaba un tenedor de cuatro puntas, cubierto poco usual, se percibía que esta no tenía la atención adecuada a un grande de España. La distancia de separación entre cubiertos no estaba bien dispuesta y lo peor de todo era la ausencia escandalosa de una mínima decoración floral, indispensable para el desayuno; el mantelito blanco bordado con puntillas sobresalía de la bandeja sin la oportuna corrección; la bollería, el consumado, la panceta y los huevos, que debían estar bajo sus respectivos cubreplatos de plata para así mantener el calor, muy al contrario se mostraban sin la sorpresa indispensable que otorgaba este utensilio.

Bastó una mirada de la dueña para que la doncella se detuviera. El ama de llaves se acercó, colocó la cucharilla del café con precisión rectilínea a la distancia adecuada del juego del desayuno y dispuso el de jarras de plata con corrección.

—Que no se te mueva, Elisa —ordenó con su aterrador timbre—. Vamos, puedes irte.

Clara comprendió que el ama tenía un alto sentido de la etiqueta y del protocolo, aunque desconocía las sofisticadas

presentaciones versallescas y la elaboración culinaria de la alta cocina que había venido con la corte del rey Felipe.

—Por supuesto, doña Úrsula —contestó Elisa, e hizo una reverencia con la pesada bandeja y esperó a que ellas se adentraran en la cocina.

Todos se detuvieron en el acto al verlas entrar e hicieron una pequeña reverencia. Era obvio que la dueña dominaba también toda la cocina de boca del duque y las dependencias que tenían que ver con ella. A un gesto del ama de llaves, la actividad se reanudó, y Clara observó cómo las dos sollastres continuaban desplumando con habilidad sus respectivos capones para la comida del día. Algo distraída, otra sazónaba dos pollas jóvenes, y al fondo vio que una mujer gruesa las vigilaba de soslayo mientras preparaba una salsa de champiñones franceses para el acompañamiento de la carne.

Clara pensó que ciertamente el personal era escaso para el prestigio de una casa nobiliaria como Castamar. Echó en falta al menos tres ayudas más, como segundas de cocina, alguna sotayuda de las primeras, más mozos de oficio y varios entretenidos, y por último más galopines para fregar, barrer y desplumar capones. Aun así, el señor vivía en la hacienda solo con su hermano, según le había dicho la señora Moncada, y pese a que el boato se viera resentido, cuatro personas para su servicio de boca eran más que suficiente en términos prácticos.

Clara correspondió a la cortesía con una reverencia similar y se preguntó cómo era posible que un ama de llaves pudiera acaparar tanto control. Lo normal en una casa nobiliaria era que la dueña tuviese al personal femenino bajo su supervisión, desde las doncellas de cámara y de la casa, camareras, azafatas y mozas de oficio hasta las lavanderas y almidoneras. Sin embargo, aquella dueña parecía tener control sobre hombres y mujeres por igual. Era más una suerte de contralor, el cargo más importante de la servidumbre dentro de la corte real tras el mayordomo mayor, que tenía entre sus

competencias la inspección de las dependencias, fijar los precios y libranzas, y la gestión de la hacienda. Lógicamente el bureo —órgano presidido por el mayordomo mayor, que administraba y gestionaba la corte— lo formaban varios nobles del más alto rango al servicio de los monarcas. Por contra, el bureo de Castamar solo lo compondrían individuos de origen humilde. Por ahora, sus dos cabezas visibles eran don Melquíades Elquiza, mayordomo de Castamar, y aquella mujer imponente que estaba frente a ella, y que pronto supo que se llamaba Úrsula Berenguer. Se preguntó cómo sería la relación entre el señor Elquiza y la dueña.

—Queda una semana para que celebremos la fiesta anual en memoria de la fallecida esposa del señor, nuestra querida doña Alba —le dijo doña Úrsula con cierta solemnidad—. Para el duque esto es muy importante. Este evento es una cita ineludible para toda la aristocracia madrileña y sus majestades los reyes. Debemos estar a la altura.

Clara asintió y la mujer desvió la mirada hacia el fondo.

—Señora Escrivá —dijo con aspereza—, le presento a su nueva moza de oficio para el servicio de cocina: la señorita Clara Belmonte. Infórmela del resto de sus obligaciones.

La gruesa cocinera se acercó y Clara sintió que la escrutaba con sus ojos de jabalí como si fuera un trozo de carne. La dueña se marchó dejando tras de sí un silencio tenso. Mientras las otras tres mujeres no le quitaban ojo, ella aprovechó para observar los detalles de la cocina. Su madre siempre le había dicho que el aspecto de una cocina era el de su cocinero. Después del desayuno que habían ofrecido al señor, no le sorprendió ver los fogones ennegrecidos de hollín; el horno y la campana de la chimenea aún sin limpiar; las espeteras desorganizadas, el albañal algo obstruido y las cubiertas del pozo impúdicamente abiertas. Los cofres especieros, cerrados con llave y con los nombres grabados en metal, se mostraban sebáceos sobre las baldas del fondo; además, le fue imposible averiguar bajo qué criterio de orden o clase estaban

colocados. Junto a ellos se apreciaban las arcas harineras, de cuyas bases descolgaban pequeños filamentos ambarinos de saín. La pared de cristales dobles que daba al patio norte había perdido ya su naturaleza traslúcida; la encimera de trabajo tenía restos de sangre, vino, especias y entrañas de preparados anteriores, que habían ocultado el color del fresno, lo que le indicaba que, pese al limpiado diario, el tablón de trabajo no se había raspado con la debida dedicación.

—Vaya pichón esmirriado me han traído —dijo la cocinera jefe mirándola con desdén.

Clara dio un pequeño respingo y un paso atrás. Al posar el pie sobre el resbaladizo suelo baldosado sintió que algo crujía bajo sus botines. La señora Escrivá sonrió al ver cómo levantaba la suela y descubría una cucaracha aplastada.

—Ya has hecho algo útil, una menos de la que preocuparse. Por más que han intentado exterminarlas, nada. Son como una plaga —dijo, y todas las presentes rieron ante el comentario de su inmediata superior—. Yo soy Asunción Escrivá, la cocinera de Castamar, y esas dos son María y Emilia, las galopines. Y la que está preparando las aves de corral es Carmen del Castillo, mi ayuda. Esa desmelenada es Rosalía, está demente perdida. El señor la tiene aquí por piedad. Se encarga de traer y llevar cosas.

Clara descubrió a una quinta persona debajo de la mesa. Rosalía la miró con la boca abierta y la baba descolgada, mientras la saludaba con una sonrisa mohína. Después alzó la mano y le mostró otra cucaracha.

—Me gusta cómo crujen —dijo con sumo esfuerzo.

Clara le estaba devolviendo la sonrisa cuando la señora Escrivá se acercó a ella y la cogió del brazo con cierta violencia.

—Comienza a pelar esas cebollas —voceó—. ¡Espabila, niña, que has venido a trabajar y no a mirar la pava!

A Clara le recordó a una puerca gorda y vieja chillando en su porqueriza. Sus ilusiones de trabajar bajo las órdenes de un gran cocinero se esfumaron en ese instante. Le bastó de-

tectar las uñas de la señora Escrivá, ennegrecidas por los restos de comida y hollín, para comprender qué poco podría aprender de ella. Estaba claro que el señor de Castamar se había abandonado a la rutina de una comida sin decoro y sin la limpieza necesaria. En ninguna casa nobiliaria que se preciase permitirían semejante abandono.

10 de octubre de 1720, mediodía

A los hombres les gustaba gobernar las situaciones, pero Úrsula había aprendido dolorosamente que nadie, jamás, volvería a doblegar su voluntad. Por eso la llegada de la nueva oficial de cocina sin su aprobación, sin siquiera una advertencia previa de su contratación, había desatado su ira. Don Melquíades Elquiza desafiaba de vez en cuando su imperio sobre la servidumbre de la casa, pero en aquel señorío no había una voz más alta que la suya y el mayordomo lo sabía. De enfrentarse a ella, tenía mucho más que perder que el puesto de trabajo. Lo mejor para todos habría sido que se hubiera ido hace tiempo llevándose con él su oscuro secreto. De esa forma, en Castamar todo quedaría bajo su atenta supervisión, funcionando como un carillón de cuerda debidamente ajustado.

Sumida en estos pensamientos, Úrsula recorrió el pasillo, dejó a su derecha las escaleras que conducían a las plantas superiores y llegó a las puertas del despacho de mayordomía. Llamó con dos golpes ligeros para ocultar lo que bullía en su interior. La voz profunda del señor Elquiza surgió al otro lado permitiéndole el paso. Úrsula entró y cerró la puerta. Tal como exigía el protocolo, hizo un pequeño gesto con la cabeza y le llamó por su nombre. Don Melquíades escribía en uno de sus cuadernillos escarlatas, esos que nadie leería nunca. De seguro que tenía una prosa deplorable, y un gusto exacerbado por los cultismos para dar sensación de hombre versado

en letras. Escribía sus diarios con toda profusión de detalles, tratando de transportar al papel la dedicación que mostraba en su vida de mayordomo. Una entrega que, en su opinión, el paso de los años había ido diluyendo hasta convertirle en un sirviente habituado a la rutina, sin ambición ninguna por mejorar. Úrsula esperó a que levantara la cabeza del cuadernillo. Se produjo un silencio entre ambos, uno de esos acostumbrados y pesarosos que a ella la irritaban sobremanera. Don Melquíades alzó apenas la mirada y le habló sin dejar siquiera de escribir.

—Ah, es usted —dijo lacónico.

Ella ignoró su menosprecio y aguardó, como quien acecha a una presa en la oscuridad, antes de humillarle por su fracasado intento de imponer su autoridad.

—Venía a informarle de que ha llegado ya la moza de oficio para la cocina —le dijo con absoluta corrección—. Supongo que está sobradamente cualificada y...

—Lo está, no tiene más que leer sus credenciales, doña Úrsula —la interrumpió secamente, sin alzar la cabeza.

De nuevo ella guardó silencio, y él enarcó una de sus pobladas cejas y la miró de soslayo, de abajo arriba, como si pretendiera incomodarla. Úrsula aguardó. Sabía que este juego terminaría con su victoria.

—Para la cena anual de su excelencia tal vez convendría preparar alguno de los salones del ala este —dijo desviando el tema.

Él no contestó, solo siguió escribiendo. Ella se dijo que debía de sentirse poderoso en su silencio, como si tuviera que darle permiso para hacer tal cosa. Aun así, apretó los labios mientras él alargaba su mutismo unos segundos más.

—Lo que estime oportuno, doña Úrsula —contestó don Melquíades al fin.

Ella dejó pasar unos instantes antes de asestar el golpe definitivo. Se acercó hacia el buró y le escudriñó como a un insecto.

—Don Melquíades, ¿me haría el favor de dejar de escribir un momento y atenderme adecuadamente? —le pidió con tono cortés.

—Disculpe, doña Úrsula —contestó de inmediato, haciéndose el despistado.

Con una disimulada sonrisa, Úrsula se aproximó un poco más a él, sintiendo que le hacía parecer encogido y pequeño. Entonces, con suavidad, le dejó caer palabras hirientes, las que sabía que más daño le harían en su orgullo de hombre y sirviente:

—Don Melquíades, es usted el mayordomo mayor de Castamar, le ruego que se comporte como tal...

El hombre enrojeció y se levantó iracundo de la silla.

—... sobre todo en mi presencia —concluyó.

Don Melquíades vibró como la gelatina recién puesta sobre el plato. Ella retrasó deliberadamente el retomar la palabra hasta que él fue a hacerlo.

—O me verá obligada a hablar con su excelencia sobre su pequeño secreto —le cortó de nuevo.

Don Melquíades, sabedor de que solo podía claudicar ante semejante amenaza, se envolvió en un aire de abatimiento; aun así, en un intento de mantener su dignidad, le clavó las pupilas descaradamente ofendidas.

Ella esbozó entre las comisuras de sus labios una sonrisa. Era la victoria acostumbrada, la que desde hacía años venía obteniendo sobre él y que de vez en cuando tocaba recordarle; una victoria sobre el poder masculino y sobre aquella sociedad represora que tanto le había perjudicado antaño. Aquellos desmanes de don Melquíades se iban repitiendo cada vez con menos frecuencia, hasta que un día fuera solo un hombre habituado a que las grandes decisiones de Castamar no pasaran por su despacho más que como mera información. Úrsula se giró para irse, como otras veces. Sin embargo, al llegar a la puerta se dijo que aquella mirada desafiante merecía una capitulación mayor.

—Y por cierto, no se enoje tanto —añadió—. Ambos sabemos quién dirige esta casa. Nosotros somos como un matrimonio mal casado: solo cubrimos las apariencias.

Don Melquíades se atusó el bigote. Su faz reflejaba la tristeza de las almas vencidas. Úrsula se volvió para salir definitivamente, pero de soslayo pudo ver cómo el mayordomo mayor de Castamar se dejaba caer frente al buró en su trono de ceniza.